

arrollo, son los degenerados. Estos son orgánicamente inferiores; su inhibición es defectuosa o falta, son esclavos de sus instintos para cuyo dominio y contención no tiene medios su entendimiento y su voluntad; son el resultado de una parada de desarrollo o de un retroceso, son las víctimas y los desperdicios de una civilización que es para muchos demasiado intensiva, que les usa y agota y están destinados a caer fuera de las filas de la especie gallardamente adelantadas, a cuyo compás no pueden marchar, quedándose rezagados a los lados del camino.

Desde el punto de vista sociológico, la moral es el lazo que une a los individuos en una colectividad, la base sobre la cual únicamente puede originarse y mantenerse una sociedad. Porque es la victoria sobre el egoísmo y el miramiento para con el prójimo, el reconocimiento de los derechos del prójimo, la admisión de las pretensiones del prójimo, aunque éste haga necesaria la renuncia de mala gana concedida a valores que poseemos nosotros mismos, la dolorosa resignación a no tener satisfacciones que pudiéramos alcanzar. Es el amor al prójimo y la misericordia según la Biblia, la benevolencia según Hutcheson y Hume, la simpatía de Adam Smith, el altruismo de Heriberto Spencer, es la premisa con arreglo a la cual únicamente los individuos pueden pacíficamente vivir juntos y auxiliándose, facilitarse recíprocamente la existencia. Si falta a la mayoría o a todos los individuos, entonces llega el caso de la guerra de todos contra todos de Hobbes, entonces es el hombre un lobo para el hombre, entonces cada cual es condenado al estado permanente de la bestia vagando solitariamente. Si sólo falta a unos cuantos, a una minoría, entonces la mayoría no tolera que vivan dentro de su radio, los arroja fuera de su comunidad como molestos o peligrosos perturbadores y les priva de las ventajas de ayuda mutua y de provechosa solidaridad.

La especie humana, como toda otra especie de organismos y como todo individuo, quiere vivir. Esto sólo puede conseguirlo mediante la adaptación a las inalterables condiciones naturales que le son dadas. Vive tanto más fácil y seguramente cuanto más adecuada y perfecta es la adaptación. En las condiciones cósmicas y telúricas existentes no podría mantenerse y mucho menos desarrollarse el individuo aislado hasta llegar a un sér espiritual. La forma de su adaptación es la unión en una colectividad organizada. Porque el mantenimiento de la sociedad, la integración del individuo en ella es la condición de la exis-

tencia de la especie, lo mismo que del individuo. La sociedad sólo puede mantenerse si los individuos aprenden a tenerse mutuos miramientos y a practicar recíproca benevolencia. Por eso la sociedad ha creado la moral y ha educado en ella a todos sus miembros, porque era su primordial necesidad, la premisa de su posibilidad de existencia, así como la especie ha creado la sociedad porque sólo organizada en sociedad podía subsistir. De este modo encaja la moral con la coerción de la lógica más rigurosa en el conjunto de los esfuerzos que la especie humana tenía y tiene siempre que realizar para conservar su vida e intensificarla y enriquecerla con satisfacciones, es decir con sensaciones de placer de todo género, suficientemente para que le hagan conservar la voluntad y el vehemente impulso de mantener su existencia, deseando y luchando, en suma para que le parezca que la vida vale la pena de ser vivida aun a costa de continuos esfuerzos y trabajos. Sin sociedad no hay posibilidad de existencia para el individuo; sin moral no hay posibilidad de existencia de la sociedad; el impulso de la propia conservación inspira a la sociedad costumbres, reglas de las relaciones mutuas de sus miembros, instituciones para ahorrar fuerzas, a cuyo conjunto llamamos civilización. El desarrollo y el perfeccionamiento de la civilización es evidente; está demostrado por el hecho que constantemente se acerca a su fin, a saber: el establecimiento de relaciones satisfactorias entre los individuos y los grupos y el logro de una medida máxima de satisfacciones con una medida mínima de esfuerzos individuales, pero sería incomprensible que la moral, la premisa de la existencia de la sociedad que elabora la civilización, no participase de su progreso fácilmente demostrable.

El sitio que ocupa la moral en la civilización es tan grande que en muchos filósofos moralistas ha producido la ilusión óptica que era el fin de la civilización y no tenía otra finalidad fuera de ella misma. Pero un examen más detenido permite reconocer que esto es un error, la inversión de la relación. La moral no es un fin; especialmente no es fin de sí misma, es un medio para lograr un fin, el medio más importante, más indispensable para el fin de conseguir conservar, refinar la civilización, hacerla más adecuada para el cumplimiento de su tarea. Pero la tarea de la civilización es como lo he demostrado, conservar, facilitar, enriquecer la existencia de los individuos y de la especie, y por tanto, la moral es la forma más impor-

tante en la cual se afirma el impulso de conservación de sí misma de la especie y la negación de su progreso implica la suposición que la especie no tiene el impulso de conservar su vida y embellecerla, que su instinto de conservación de sí misma se debilita, deja de reconocer su fin y se hace inseguro respecto del camino para alcanzarlo. Esta suposición está refutada por todos los fenómenos accesibles a la observación en la vida de la especie—aumento absoluto del número de hombres que pueblan la Tierra, prolongación de la duración de la vida individual y de la edad de capacidad de actuación, lucha contra toda clase de nocividades— y no está apoyada por ninguno.

El seguro dominio de sí mismo del hombre civilizado comparado con la inconstancia del salvaje que parece caprichoso e imprevisor porque obedece a cualquier impulso a causa de su falta de resistencia contra ellos, demuestra el desarrollo progresivo de la inhibición en el organismo individual. El orden y la firme organización de la sociedad moderna, el dominio de la ley, la igualdad de derechos, la garantía de la libertad, el respeto a la personalidad, comparado con el estado de un pueblo en épocas pasadas, con la anarquía de hecho bajo una capa disimulada de tiranía, el poder ilimitado de unos cuantos poderosos sobre la masa privada de derechos, demuestran el desarrollo progresivo de la civilización en el organismo social. Pero lógicamente tiene que estar en proporción el desarrollo progresivo del instrumento de la moral, la inhibición y del producto de la moral, la civilización, con el desarrollo progresivo de la moral misma.

La conclusión a la cual llevan consideraciones teóricas es confirmada plenamente por la observación de la realidad de la vida. Al que niegue el progreso de la moral basta sólo oponerle unos cuantos hechos evidentes. La esclavitud que le parecía a Aristóteles una ley natural, que el cristianismo toleraba, que defendían y protegían por medio de leyes modernos Estados de derecho como Inglaterra, Francia, los Estados Unidos y el Brasil, hace ya varias decenas de años que se ha abolido en todas partes. Puede objetarse que el trabajo asalariado del proletario es una esclavitud a la que se ha dado otro nombre, que la explotación del trabajador por el capitalista es una continuación hipócrita de la servidumbre. Pero esto es un sofisma. El trabajador asalariado no está ligado a su trabajo en determinada empresa. Puede abandonarla. «Si—se dirá—, pero a costa de morir de hambre.» Eso

era antes; hoy no es verdad y precisamente en esto se advierte el progreso. El obrero organizado no está ya abandonado sin protección al poderío del capital. Puede exigir condiciones y no rara vez impone su aceptación. Tiene el derecho de huelga, de emigración, de asociación. La colectividad ha reconocido su deber de remediar, al menos en algo, los males que pueden ocasionar a la clase obrera una organización económica todavía imperfecta y ha creado el seguro contra accidentes del trabajo y enfermedades, así como Cajas de retiro para obreros ancianos y en algunos países también ha instituido la protección de obreros parados sin culpa suya. Ciertamente todo esto es aún muy imperfecto, pero son principios que presentan y sobre todo, demuestran el despertar de una conciencia social que los tiempos anteriores no han conocido. La justicia se hace cada día más humana, es decir más moral. Hace ya un siglo que en todos los países se ha abolido el tormento judicial. La sociedad se avergüenza de hacerse cómodo el descubrimiento de la verdad recurriendo al martirio infame del acusado que quizás es inocente. Los condenados no son ya marcados a fuego ni mutilados, no sufren malos tratos corporales cuyas consecuencias no pueden jamás ser remediadas. La pena de muerte continúa todavía siendo una vergüenza de la civilización. No obstante, hace ya más de un siglo, desde Beccaria, es objeto de rudos ataques; está ya abolida en algunos países y los demás tendrán, sin duda, que seguir el ejemplo antes de mucho. Recordemos que en Inglaterra todavía a principios del siglo XIX, era ahorcado el ladrón que había robado un objeto del valor de la cuerda para ahorcarlo y que eran entregados a esta suerte niños de catorce años. Hoy en día ya los Tribunales condenan también a muerte donde todavía existe esta pena tras grandes escrúpulos y luchas de conciencia y la ejecución de los reos que era antes un espectáculo público se verifica más o menos en secreto, porque poco a poco ha madurado la sociedad a la comprensión que matando a sangre fría a un hombre comete un crimen que hay que ocultar en lo posible. La condena condicional diferida, introducida en todos los países, hace que sea no más que una advertencia intensa que muestra al culpable el camino del arrepentimiento, de la vuelta al buen camino y de su reforma y le reserva la posibilidad de volver a ser un hombre honrado. Tribunales instituidos para los delincuentes menores de edad suavizan el rígido Código penal, doble-

gándole según las necesidades de caracteres juveniles todavía no formados. La prisión por deudas es cosa casi olvidada del pasado y no sentida ya más que como un elemento cómico. Lo que tienen de común todas estas transformaciones es que atestiguan una profundización del sentimiento del deber y de la responsabilidad colectiva para con el individuo, mayor respeto del derecho de la personalidad, la creciente voluntad de resistir a los primeros impulsos de la ira, de la venganza, de la inexorabilidad. Pues bien, todos estos movimientos del alma constituyen la esencia de la moral.

Dejo de mencionar, como prueba del progreso que la Inquisición no funciona ya y que en ninguna parte arde ya la hoguera. Resulta que en realidad, no se es acaso más tolerante que antes con respecto a los que piensan de modo diferente. La tolerancia religiosa se explica por la razón que la conciencia del pueblo no atribuye ya a la religión la misma enorme importancia que en los pasados siglos. Pero las divergencias políticas, estéticas y filosóficas suscitan hoy el mismo furor sanguinario que en el pasado la herejía en materias de fe y los antagonistas emplearían sin vacilar contra sus adversarios el potro del tormento y el cadalso si la inmensa mayoría de las gentes se excitaran bastante apasionadamente por las diferentes opiniones para permitir a sus fanatismos hacer estragos empleando medios de fuerza, como en otros tiempos el temperamento autoritario de la ortodoxia religiosa.

Otros no tan esenciales aspectos de la civilización son apenas menos alentadores que los desarrollos que he examinado hasta aquí. La embriaguez que era antes en todas partes un vicio general, va disminuyendo incesantemente. En las clases ilustradas no se la encuentra más que rara vez por gran excepción y se la reconoce como una aberración patológica, y en las clases inferiores se nota una disminución rápidamente creciente. Las estadísticas de los ahorros depositados revela una disposición cada vez más generalizada a la previsión económica. En la masa que vivía antaño a gusto en la suciedad se advierte cada vez más grande anhelo de limpieza que reclama jabón y baños. Significa todo esto la victoria sobre un instinto, el del apetito de las bebidas alcohólicas y de la propensión al despilfarro y un acatamiento al respeto de sí mismo que reconoce la suciedad como una degradación, y éstas son afirmaciones del sentido moral, sus afirmaciones materiales.

Si a pesar de estas palpables demostraciones del progreso de la moral en todas las funciones sociales y en muchas costumbres individuales, todavía hay espíritus serios que pueden afirmar que la moral no progresa o que hasta indica un retroceso con respecto a tiempos anteriores, esta suposición que es sin duda ninguna una ilusión se explica por algunos hechos mal interpretados.

La observación de Bouillier que «el progreso social debilita la moral individual en vez de fortificarla porque la sociedad, a medida que está mejor arreglada, ahorra al individuo una gran cantidad de acciones morales» tiene un exacto punto de partida. Muchas tareas del amor al prójimo y de la solidaridad humana que antes estaban a merced de la arbitrariedad del albedrío, del noble celo de unos individuos y que esos podían practicar o descuidar, son en nuestros días metódicamente cumplidos por la colectividad. No es ya necesario que San Martín parta su manto en dos pedazos para dar la mitad a un pobre que tiritaba de frío. La beneficencia pública proporciona ropa de invierno a quien no puede adquirirla. No hacen falta caballeros andantes que protejan al inocente, al débil, al humilde contra opresores. Recurren eficazmente a la policía, a la justicia o mediante una carta a un periódico a la opinión pública. No se necesitan caballeros Templarios ni de la Orden de San Juan para ofrecer albergue a los caminantes forasteros y para socorrer a los enfermos. Asilos y hospitales públicos hay preparados para acogerlos. El milagro de Santa Isabel de Hungría que repartía a los hambrientos, contra la prohibición de su desalmado esposo, panes que se convertían en rosas no tendría hoy lugar ni razón para verificarse. Dar de comer a los necesitados se hace hoy regularmente en cocinas populares del municipio o de sociedades benéficas. Actos individuales de beneficencia son menos necesarios hoy que antes que eran cuando ocurrían el hecho de una compasión excepcionalmente noble y piadosa y un heroico desprendimiento del interés propio. Por esto estamos dispuestos a creer que los hombres de hoy día serían menos capaces de realizarlo que los del pasado. Creyéndolo así, no obstante, se comete una gran injusticia. El doctor Barnato que recogió en su hogar a dos miserables granujillas del arroyo de los barrios del Este de Londres que no tenían refugio no le cede en nada a San Vicente de Paúl que recogía y educaba a niños abandonados. John Brown, el mártir que murió en la horca porque pretendió emancipar a

mano armada a los negros esclavos de los Estados del Sur de Norte América, Henry Dunant que sacrificó los esfuerzos de una vida entera para fundar la Cruz Roja para socorrer a los heridos en la guerra, Emilio Zola que ofrendó su fortuna, su gloria de literato, su seguridad personal, sufrió persecuciones, calumnias, destierro, una condena infamante, las amenazas de muerte más peligrosas por luchar para obtener justicia para el capitán Dreyfus, inocentemente sacrificado, todos ellos pueden ponerse en parangón con todos los santos de la leyenda dorada. La virtud no es más rara potencialmente que en otros tiempos, sino por lo menos tan frecuente y probablemente más frecuente, y se transforma en actual siempre y donde se la invoca.

Otro efecto del desarrollo de la civilización y de la moral en el largo transcurso de los siglos es la formación de un instinto ético en todos los hombres, excepción hecha de los anormales degenerados, el cual les hace obrar moralmente en casi todas las situaciones de la vida sin que haya necesidad de reflexión, de elección ni de esfuerzo. El individuo sólidamente educado éticamente, en el cual la acción moral ha llegado a ser un reflejo organizado, hace lo que es justo sin conciencia de un esfuerzo y por consiguiente, sin la representación de un mérito en sí mismo ni en los testigos. Desde luego, la práctica irreflexiva, casi sin pensamiento, del bien a guisa de costumbre de vida que se ejecuta algo así como las funciones orgánicas de la respiración o de la nutrición, hacen fácilmente que el juicio sea injusto. La lucha de la razón contra el impulso ciego, de la voluntad contra el instinto rebelde, la victoria del principio noble de lo espiritual sobre la material irracional que produce en nosotros la orgullosa ilusión de una superioridad de la libertad humana sobre la fatalidad de las fuerzas cósmicas, tiene para nosotros una belleza tan elevada que si no llega a realizarse nos causa decepción y nos parece que no es verdadera moral una moral práctica sin estos dramáticos aparatos escénicos. Pero no debemos entregarnos a este modo estético de apreciar las cosas. Hemos de tener siempre presente que la moral tiene un fin bio y sociológico y no debemos rechazar reconocer prosaicamente que es tanto mejor si se logra dicho fin sin que dependa en cada caso de las incertidumbres de decisiones individuales. Sería un estado de perfección si una sociedad hubiese llegado a un reconocimiento tan claro de todas sus necesidades de vida y hubiese

educado en ello a todos sus miembros que ya no pudiera ser perturbada su vida común armoniosa y su trabajo en pro del bien público por ninguna rebeldía del brutal egoísmo individual contra el amor al prójimo y contra el espíritu de sacrificio en pró de la colectividad. En este caso el ideal de la moralidad sería logrado, pero el concepto del mérito sería trasladado del individuo a la colectividad. Un modo de ver superficial podría extrañarse de no encontrar en el individuo una victoria sobre resistencias y por ende la virtud, y podría deplorar una parada, hasta una regresión de la moral. Pero el que considera el conjunto tendría que reconocer que es el más grande progreso de la virtud haberse convertido en una cualidad de la colectividad en vez de ser un privilegio individual. Estoy muy lejos de pretender que hayamos ya llegado a este estado ideal, pero el desarrollo, no es posible desconocerlo, se dirige hacia este estado y ésta es una de las razones por las cuales ha podido producirse la apariencia que la moral no realiza progresos.

Precisamente, la ascensión de la colectividad a una moral más elevada es un nuevo pretexto para el error acerca del progreso de la moral. La labor de varios miles de años de los espíritus más vigorosos y perspicaces que han legado como herencia a la colectividad el fruto de sus esfuerzos de toda la vida para mejorar la suerte de la humanidad, ha desarrollado en nosotros un ideal de la moral activa y pasiva que existe siempre también en la conciencia del hombre débil o malo que no puede o no quiere ajustar a él su vida. Este ideal que es el de la colectividad y que llevamos dentro de nosotros, nos da la medida que aplicamos involuntariamente y sin la debida rectificación a la vida real tal como se ofrece a nuestra observación. Necesariamente hacemos constar la distancia entre la teoría y la práctica que nos parece ser no una mera deficiencia, sino una antinomia de principio, una diferencia no de cantidad, sino de calidad, que fácilmente hace del que no está advertido un escéptico, un pesimista y un amargo misántropo. Este es el tema predilecto y de excelente rendimiento de que trata sin cansarse la bella literatura. La novela, el drama, nos muestran constantemente personajes al estilo de los «Sostenes de la sociedad» y otros enfáticos burgueses que hacen ostentación de honorabilidad, llevan siempre en los labios los buenos principios, predicán con unción y juzgan a los demás con piadosa indignación mientras que ellos mismos obran en

todas las situaciones de la vida de un modo ínfimamente egoísta y como modelos de viciosos malvados. Los creadores de estos hipócritas tunantes de la virtud y pecadores en secreto, se creen profundos conocedores del hombre, a los que nadie podría engañar y que leen en el fondo de las almas, llaman a su método «realismo», miran de arriba abajo con desprecio a los poetas que presentan caracteres buenos, desinteresados, nobles, en una palabra, morales y los motejan de eufemistas, remilgados, destiladores de agua de rosas, de gentes que, o son demasiado necios o demasiado improbables para ver o profesar la verdad. Cuando el realismo está de moda, el público da crédito a los pintores de lo feo y repugnante, les admira, halla edificantes sus obras y se mofa de los idealistas que tienen mejor opinión de los hombres. Sin embargo, el realismo es un modo de ver unilateral y por tanto, una exageración tan lejos de la realidad como un exaltado idealismo. Escoge ciertos rasgos de la naturaleza humana, los generaliza, hace caso omiso de los demás y así se convierte en difamador de la humanidad. Los mismos hombres que en su mediocre y sin relieve existencia cotidiana fomentan sin escrúpulo su mezquina vanidad miserable, su ingenuo egoísmo, su pueril envidia, su hipócrita lascivia, su cobardía moral, porque no tiene ninguna importancia, porque en nada cambia la condición general de la sociedad, porque la colectividad cuida eficazmente del mantenimiento de los principios morales, esos mismos hombres pueden en las grandes ocasiones, que claro está, se presentan rara vez, revelar virtudes que ellos mismos nunca hubieran sospechado en sí mismos y que nosotros contemplamos con mucho asombro y devota adoración. Los hipócritas e interiormente podridos filisteos de la literatura realista se revelan en el naufragio del *Titanic*, en los horrores de la peste de la Mandchuria, en el terremoto de Messina, en el catastrófico de las minas de Courrières, en los viajes de la exploración al Polo como héroes que se aproximan mucho al ideal escénico de la moral si es que ya no lo alcanzan. Desde el punto de vista del ayuda de cámara que observa al hombre en zapatillas y bata o pyjama, cuando se abandona y no se cree obligado a una compostura estudiada, puede ser que se llegue a tener un concepto despreciativo del hombre. Pero si se abarca el funcionamiento del conjunto y nos detenemos ante las hazañas supremas de los individuos, no se puede ya creer que la moral de los tiempos presentes le ceda en nada a la de cualquier otro tiempo pasado.

A pesar de todo, hay un fenómeno que parece dar la razón a los que niegan el progreso en la moral, y es la guerra. Esto es en efecto, el triunfo de la bestia en el hombre y el pataleo brutal sobre la civilización, sus principios, sus métodos y fines, y podría aducirse como aplastante prueba de la parada o del retroceso de la moral que hoy día, lo mismo que hace siglos y miles de años, los horrores de la guerra pueden asolar la Tierra, si bien en una escala incomparablemente más grande, más cruelmente y más hondamente. Pero esto sería también una conclusión falaz. Es cierto que los hombres capaces de decidir libremente con voluntad y premeditación de desencadenar la guerra son monstruos; su acto es un crimen para el cual no hay expiación, emplean, sin escrúpulo, el asesinato en masa, el saqueo, el incendio y todas las otras atrocidades como medio para la satisfacción de su egoísmo diabólico que codicia saciar la ambición, es decir el amor propio, la vanidad, el enriquecimiento, el aumento de poderío, de dominio y sus ventajas para ellos, para una familia o para una casta, pretendiendo defender a la patria contra sus enemigos, darle fronteras que la protejan mejor, fomentar el desarrollo del pueblo mediante adquisición de territorios, difundir su civilización, asegurarle un porvenir glorioso. Pero los pueblos que se dejan precipitar por sus gobernantes en una guerra ofensiva son necios y torpes, pero no inmorales. Se embriagan con la palabrería que hace un llamamiento a sus mejores sentimientos que les sirve de un modo superabundante al gobierno y sus golillas espirituales, dan fe a las cínicas mentiras con que se les abruma, y es esto, sin duda alguna, una deplorable debilidad del espíritu que ya arrancó al Dante el grito de amargura: «¡Cuántas veces se oye exclamar al pueblo en su embriaguez: ¡Viva la muerte! ¡Muera nuestra vida!» Pero según las premisas que los pueblos aceptan sin vacilar obran con una moralidad a la cual no se debe negar la admiración. Se elevan en sus arranques grandiosos por encima de todos los egoísmos, aumentan su sentimiento de solidaridad hasta el heroísmo y el martirio, ofrecen de buen grado en sacrificio a su deber hacia el prójimo, hacia la colectividad, su hacienda, sus comodidades, su salud, su vida. Esto es suprema virtud cuyo mérito subjetivo no es disminuído porque se la emplee en una causa objetivamente injusta. Y esta virtud de los pueblos engañados no ha sido en ninguna época tan general y tan legítima como actualmente. Hoy no se puede observar y es casi

inimaginable la venalidad de los lansquenetes que se ponían al servicio de quien más les pagaba, la falta de ideales de los mercenarios que seguían las banderas de un conquistador extranjero y esclavizaban a su mando pueblos con los que nada tenían que ver, el cinismo de los jefes que sin escrúpulos se pasaban al enemigo y combatían contra su propia patria y nación. No podría haber hoy en día un Napoleón que llevase a Europa y a Rusia soldados del Wurtemberg y de Baviera, un príncipe elector de Hessen que vendiera reclutas a Inglaterra para subyugar a Norte América, un Luis XIV que hiciera mandar a sus tropas en las batallas contra adversarios alemanes por un Bernardo de Sajonia Weimar, un Condestable de Borbón que se aliara con España contra su patria francesa. Leónidas que fue en sus tiempos glorificado y cantado fenómeno excepcional, es hoy la regla. «La guardia que muere, pero no se rinde» se muestra hoy en todos los campos de batalla. En la guerra moderna se afirma una más elevada, más perfecta moral de la masa que el pasado haya jamás conocido. Que la guerra por sí misma sea la más extrema inhumana no quita nada al valor moral de los pueblos arrastrados a ella y engañados. A la masa le falta entendimiento, juicio, su inteligencia está demasiado poco desarrollada para darse cuenta de la bestialidad de los soberanos que abusan de ella; pero el vencimiento de sí mismo, el dominio de su voluntad sobre sus instintos, su disciplina social, en una palabra su moral, no tiene reproche. Y además, cada vez más se revela también la conciencia de la humanidad contra la infamia de la guerra y los mejores espíritus de la época hacen esfuerzos por someter también bajo el dominio del derecho y la moral las relaciones mutuas de los pueblos, así como las de los individuos. En un plazo que ya se vislumbra la moral vencerá también a la guerra así como venció a los sacrificios humanos, a la esclavitud, a la «vendetta», a la caza de cabezas y a la antropofagia.

Ningún fenómeno observado en un estrecho horizonte de inferioridad individual puede disminuir el hecho de la constante ascensión de la colectividad. No tiene justificación un modo de ver pesimista de la marcha evolutiva de la moral. El progreso de la civilización es también el progreso de la moral que representa su recurso más importante para la labor de adaptación de la especie a sus inalterables condiciones de existencia.

VIII
LA SANCION DE LA MORAL

El concepto de la Moral implica el de una coacción, de una coercición. Una voz interior dice al hombre: «Debes» o «No debes». Le ordena una acción o una omisión. Si la obedece, todo está bien; pero si la desatiende, si el viento se lleva el mandato, surge la pregunta: ¿Y qué, entonces? ¿Se conforma esa voz interior con predicar en el desierto? ¿Se satisface hablando a oídos sordos? ¿Queda sin consecuencias para el rebelde que la menosprecia, o tiene medios de obligarle a que la oiga, y cuáles son estos medios? La contestación a esta pregunta depende del concepto que se tenga de la naturaleza de esta voz que recuerda, avisa y ordena. El que cree en el imperativo categórico tiene que admitir que esta voz de mando carece de todo medio de coercición y que depende enteramente de la buena voluntad del individuo en cuya alma resuena. Según Kant la ley moral no tiende hacia ningún efecto exterior ni utilidad. Es su propio fin. Este propio fin pues, es en cada caso cumplido por completo tan pronto haya hablado el imperativo categórico, que el individuo obre o no según él. Por lo tanto, su principio no tiene sanción. Sin embargo, Kant se contradice a sí mismo introduciendo en contrabando, por una puerta falsa, después de haber excluido severamente toda utilidad de la moral, toda acentuación sentimental de la acción moral de su doctrina, el concepto de la bienaventuranza, proclamándola como la consecuencia de la sumisión a la ley moral y de su fiel cumplimiento. La bienaventuranza se la puede interpretar como se quiera, siempre será una sensación de placer. Si uno obra moralmente con la expresa intención de ganarse la sensación de placer de la bienaventuranza, o si se añade esta sensación de placer por sí misma como inesperada ganancia cuando hemos obrado moralmente, sin pensar en tal consecuencia, sin el deseo de alcanzarla, únicamente por el sentimiento del deber, no cambia en nada que la acción moral efectivamente tenga una recompensa que Kant no promete abiertamente, sino que la hace vislumbrar, por decirlo así, murmurando al oído y guiñando el ojo, que el eudemonismo que Kant ha expulsado de su